—Teresa, le dijo de repente, admirada está usted ante el bello panorama que se desarrolla á sus pies; en esa ciudad hay un teatro en que la aplauden á usted en bailes de segunda importancia; y hay también un pintor que se digna ser el amante de usted. ¿No ha pensado usted jamás en un panorama mayor, en París, en el Teatro de la Opera, siendo allí la primera bailarina del mundo, y teniendo por apoyo un hombre que la levante á tal altura, y que sea su guía en la vida, su escudo y su amparo? ¿No ha comprendido usted que ese hombre soy yo?

¿Qué contestó Teresa, sentada en ese cementerio, y teniendo á sus pies la ciudad en que Dante amó á Beatriz?

Una hora después, el pintor entraba con su copia en su habitación, abandonada por Teresa. Esta y Felipe salían de Florencia en ese instante en el tren de París.

---

## EL GRAN FELIPE.

---

He aquí á un personaje difícil de retratar. ¿De dónde era? Por el aspecto parecía italiano, y por el acento creyéranle alemán. ¿A qué familia pertenecía? No se sabía de él, sino que se llamaba Felipe. ¿Qué edad tenía? No era posible saber si sus negros y lustrosos cabellos eran así por naturaleza, ó por afeite y pintura. Enigma viviente, abroquelado tras de su violón, era uno de esos seres que pasan en el mundo sin que el mundo en ellos se fije, y cuyo estudio, sin embargo, podría dar la solución de algún problema social de importancia. Nada sabemos de la vida de Felipe antes de que conociese á Teresa. Hemos visto que huyó con ella para París. Con ella le encontramos contratado en los Italianos y viviendo con ella en un cuarto piso de la calle Tronchet. Habían pasado exacta-

mente dos años desde la tarde que abandonaron á Florencia en busca de suerte venturosa. ¿Qué había pasado durante ese tiempo en los corazones de nuestros dos artistas?

Es evidente que la tarde que se decidieron á unir sus dos vidas, no se amaban. Felipe había calculado un negocio, había soñado una fortuna; Teresa, despierta á la ambición de gloria, había visto pasar por su imaginación y como en fantasmagórica procesión, triunfos y aplausos, coronas y ovaciones. Si se hubieran podido examinar por dentro sus cerebros, en la noche que en alas del vapor atravesaban el camino de fierro que va de Florencia á París, habríase encontrado, que era el de Felipe como gruta misteriosa en que se escondían montones de oro, y el de Teresa como bosque de laureles columpiados por huracán de atronadores aplausos. En esos dos seres, había plétora de vida en las cabezas; en el corazón calma y tranquilidad, como silencio y quietud de tumbas.

Pero sucede á veces que las naturalezas fuertes y vigorosas se sienten poco á poco subyugadas por la dulzura. Seres hay á quienes una cadena de acero ó de diamante no podría contener, y los ata la cadena de luz de una mirada: son como el rayo, que no detiene el gigante pi-



co de nieve de la altísima montaña, y que aprisiona y baja á la cárcel de la tierra, débil aguja de acero del para-rrayo. Teresa era una virtud que había vivido en el vicio: era el candor que se había vestido por algún tiempo las ropas del libertinaje: Teresa era una alma virgen. Felipe, al contacto de tanta pureza, debió fascinarse, y muy pronto, y acaso por la primera vez de su vida, sintió inmensa pasión en el pecho; y tal vez por comprender cuán poco digno era del tesoro que poseía, despertáronse en su corazón espantosos celos, que como perros fieles, con desesperación ladraban siempre que un hombre se acercaba á Teresa.

Esta de niña había tenido su alma con la desnudez del vicio: cubrióse ante el mundo con el ropaje de la virtud; y al contemplarse á sí misma, vióse como nunca bella, sintió en su propio sér encantos desconocidos, se admiró de su persona por primera vez, y como de toda admiración nace un amor, desarrollóse en ella poderoso amor propio, y el amor propio debió desde ese momento ser inquebrantable muralla de su honradez.

Entró Felipe en el cuarto de Teresa.

—Bella estás como nunca, díjole con voz sombría.

—Y tú, celoso por demás, le contestó ella.

La voz de Teresa era fría: podía asegurarse que no amaba á Felipe. La mirada de éste era ardiente: podía afirmarse que ya con toda el alma quería á Teresa.

—Me tienes sin duda por celoso importuno, dijo él.

—Importuno serás si das en tener celos, que sabes bien que jamás faltaré á mis deberes.

—¿Ni por Madisson?

—Por él menos que por nadie.

—Pues temo que mucho le quieres.

—Porque mucho le quiero, no he de trocar en liviandad el cariño amistoso qué le tengo.

—Mucho vale.

—Mucho debe valer un hombre para ser buen amigo.

—Y cierto es, que si á Madisson no amas, de ninguno otro de los que te rodean debo tener recelo.

—Ni de otro, ni de Madisson.

—¿Pero en lo porvenir, Teresa?

¿Por qué se enrojecieron sus mejillas y se humedecieron sus ojos? ¿Por qué cuando enmudecieron sus labios su corazón hablaba con voz de latidos?

Si pudiera descifrarse el enigma del corazón de la mujer, ¿qué arcano habria ya impenetrable?

## LA PRIMERA MIRADA.

Job llegó al teatro y ocupó su asiento, ó por mejor decir, el de Madisson. Recorrió con la vista, uno á uno, todos los palcos; y sin embargo, no hubiera podido dar razón de lo que en ellos habia visto. Sus ojos reflejaban como dos espejos convexos el gas del salón; pero no brotaba de ellos esa inmensa chispa que es luz del alma. Su alma estaba escondida y reconcentrada, como sol que se envuelve en nubes.

Llegó á sentarse á su lado uno de esos jóvenes insubstanciales que no esconden su alma, porque parece que no la tienen; que hacen consistir todo su mérito en el corte de su pantalón ó en el nudo de su corbata; y que sin embargo, pasan por personas de talento en sociedad, y son hombres de fortuna con las